

5. domingo del T. Ordinario B/2015

Las lecturas de este domingo hablan del sufrimiento humano. Nos muestran que la enfermedad y el sufrimiento son una parte integrante de la condición humana. Nos invitan a poner nuestra enfermedad y nuestro sufrimiento en las manos de Dios de modo que él pueda curarnos y ofrecernos consuelo.

La primera lectura describe el grito de Job en medio del sufrimiento. Muestra como la agudeza de su sufrimiento le llevo a una situación desesperada y al desaliento en su vida.

Lo que este texto nos enseña es que el sufrimiento humano revela la fragilidad de la condición humana y sus precarios cimientos. Hay también la idea de que el sufrimiento, el dolor y la enfermedad revelan la cara escondida de la existencia humana y que la felicidad, la alegría y el placer a menudo las esconden en nosotros.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús cura a la suegra de Simón Pedro. De hecho, el Evangelio comienza con la curación de la suegra de Simón Pedro quien estaba enferma con fiebre. Enseguida, muestra como después de su curación, se puso a servir a Jesús y a sus compañeros.

Después de esto, el Evangelio habla de muchas curaciones que Jesús realizó y como de todas partes de la ciudad, le traían muchos enfermos de diversos males y los que eran poseídos por demonios.

Al final, el Evangelio menciona la oración de Jesús en un lugar desierto antes de ir a la sinagoga en donde predicaba y expulsaba a demonios por toda Galilea.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar del sufrimiento humano. De hecho, queremos estar en buenas condiciones y tener buena salud; queremos vivir una larga vida, abundante y hermosa. Sin embargo, a pesar de nuestro deseo y de nuestra buena voluntad, experimentamos el dolor, el sufrimiento, la enfermedad y finalmente la muerte.

El dolor y el sufrimiento nos llegan en varias maneras y formas diferentes: mentales, físicas, psicológicas o emocionales, etc. Pero, independientemente de la forma que sea, es siempre algo doloroso e indeseable. Cuando el dolor y el sufrimiento llegan, la gente descubre la fragilidad de la condición humana y la de sus límites, como escuchamos hoy en el libro de Job. A veces, cuando la gente sufre, algunos cuestionan a Dios; otros se abandonan simplemente a su destino; otros se rebelan contra Dios, pero a pesar de todo no pueden cambiar su situación o encontrar una solución a su dolor y sufrimiento.

El filósofo francés Gabriel Marcel, a la luz de las Escrituras Sagradas, nos dice que el sufrimiento no es un problema, sino un misterio. Un problema es algo dentro de mi alcance, que puedo analizar y al que puedo encontrar una solución, aunque existen problemas sin resolver. Un misterio, sin embargo, es algo que está totalmente más allá de mi alcance, que no puedo tratar como hago con un problema, porque me supera a mí y a mi conocimiento.

El misterio del sufrimiento encuentra su solución sólo cuando, más allá del interrogatorio y de la rebelión, confiamos en Dios. Allí aprendemos por la fe que, hasta en el momento más oscuro de nuestro sufrimiento, Dios no nos abandona; él está con nosotros toda nuestra vida, compartiendo con nosotros los recovecos de nuestra fragilidad humana, con sus altibajos.

¿Cómo llegamos a una conclusión tan fácil? Al contemplar la vida de Jesucristo. Como cualquier otra persona, Jesús pasó por el dolor, el sufrimiento y la muerte, pero Dios triunfó

en él devolviéndole la vida a través de la resurrección. Por lo tanto, nuestros propios sufrimientos no son una limitación, sino una condición que precede a la vida abundante que Dios quiere darnos.

Tal visión clarifica la curación de la suegra de Pedro así como la de muchas personas que Jesús sanó en su tiempo. De hecho, al curar a la suegra de Pedro, Jesús muestra que Dios tiene el poder de curar tanto corporal como espiritualmente, física y mentalmente. Sin embargo, aunque la suegra de Pedro fue curada, ella finalmente murió. En esta perspectiva, su curación tiene un carácter de ejemplo. Nos muestra lo que Jesús puede hacer por nosotros y con nosotros. Lo que esto significa en realidad es que Jesús es capaz de curar física, emocional, y espiritualmente, pero no significa que podemos evitar la realidad de la muerte física.

Por lo tanto, el sufrimiento y la muerte son una parte integral de la condición humana y de lo que significa ser un ser humano. Por eso, sería una ilusión el pensar que, porque creemos en Dios, no nos podemos marear, sufrir o morir. En verdad, no hay resurrección sin pasión y muerte. Así como compartimos la vida de Jesús por el bautismo, de igual manera compartimos su pasión y su resurrección.

El poder de Jesús de dar la vida se realiza en la Iglesia por medio de los sacramentos, sobre todo, por el sacramento de la unción de los enfermos. En esta perspectiva, cuando los sacerdotes visitan a los enfermos y los ungen, traen a sus hogares, a los hogares para ancianos y a los hospitales el poder de Jesús que cura de un modo invisible nuestros cuerpos y nuestras mentes.

En el sacramento de la unción, Jesús también nos refuerza con su poder a fin de que aceptemos el resultado de nuestra vida que puede terminar, a veces, con la muerte. En este caso, el sacramento de la unción nos invita a unir nuestro sufrimiento al sufrimiento de Jesús de modo que con él Dios pueda darnos la vida.

Quiero terminar ahora invitándolos a orar por la protección de la vida. De hecho, como ustedes saben, el parlamento de Colorado planea pasar una ley sobre el suicidio asistido. Creo que como cada uno de nosotros entiende, tal movimiento promueve claramente la idea de que somos los dueños de nuestra vida, que podemos hacer con nuestra vida todo en absoluto, lo que queramos, incluyendo la muerte. Pero, en verdad, nuestra vida es un regalo de Dios. No podemos destruirla como hacemos con la basura. La vida es tan preciosa que sólo Dios quien nos la ha dado puede disponer de ella cuando se ha cumplido su tiempo. Cualquier manipulación de la vida humana es una tentativa de minar la dignidad y la integridad de la vida humana y esto es inaceptable.

Recemos para que Dios nos ayude a defender la vida humana. Opongámonos, por supuesto, a toda tentativa de tratarla como una basura. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Job 7, 1-4. 6-7; 1 Corintios 9, 16-19, 22-23; Marcos 1, 29-39



Fecha de la Homilía: el 8 de Febrero 2015
© 2015 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20150208homilia.pdf